

EL CAMINO DE LA SIRENA

PRÓLOGO

Fabio Bumon Albalade es un consultor independiente de tecnologías de la información y las comunicaciones que tiene la vida resuelta gracias a una arriesgada apuesta tecnológica que hizo en el pasado y que le proporciona ingresos suficientes como para no depender de su participación esporádica como ponente en conferencias y eventos de carácter técnico.

Fabio debe su nombre al viaje de luna de miel de sus padres, Carlota Albalade Lorenzo y Esteban Bumon Vázquez, que les descubrió la parte amable de Italia. Aquel viaje despertó en ambos el gusto por lo italiano y decidieron que su primer hijo tuviera un nombre con la sonoridad de dicho idioma. Barajaron varias alternativas. Esteban sugirió Giuseppe, por Meazza, el primer futbolista que cobró por conceptos publicitarios, y Rocco por el conocido actor de culto del cine X, y Carlota propuso Giacomo, por Casanova, y Giancarlo, por un estilista oficialmente gay, pero que le ponía ojitos en su peluquería habitual. Fabio fue un nombre de consenso, entre Capello y Testi. Todos contentos.

Fabio Bumon tiene en mente el desarrollo de un dispositivo que podría revolucionar el mercado de los gadgets y comienza un proyecto que le llevará a la ciudad de Nueva York donde tendrá un encuentro inesperado que le cambiará la vida.

El encuentro de Fabio se llama Maria Botifoll Morgan, una hermosa e inteligente mujer que hará que el viaje a Nueva York de Fabio se transforme en mucho más que un viaje de negocios. María es hija de José Botifoll Sardá y de Elizabeth Morgan, los miembros más antiguos de la empresa familiar Importaciones Botifoll, que dirige el segundo hijo del matrimonio, Mateo Botifoll, un empresario hábil y con las ideas claras que consigue mantener su empresa lejos de la vorágine del crecimiento continuo habitual en el mundo empresarial en el que o comes o eres comido. Mediante una red de agentes en Estados Unidos y Japón, Importaciones Botifoll consigue anticiparse al mercado, y obtener la exclusiva de importaciones para la Unión Europea de productos con alto potencial de ventas.

Este relato está basado en la imaginación del autor, dicho sea con toda humildad, y todos los personajes son ficticios, claro está, no así los lugares y algunas de las compañías que se mencionan, como por ejemplo el bufete de abogados americano Alexander Ricini, las bodegas españolas Fontana, o los restaurantes Delmonico's y Grimaldi's. La inspiración, si se me permite utilizar el término, parte de la proximidad de un viaje a Nueva York, de la idealización de algunas de "mis" personas más cercanas y de la constatación de que no hace falta un talento especial para escribir una historia sin pretensiones.

Acabo de leer un libro de Charles Bukowski, autor de títulos como Erecciones, Eyaculaciones o La máquina de follar, que me ha animado a crear mi propia historia, tan mala como algunas que se compran en librerías, pero mucho más divertida para mí durante las semanas que me ha llevado elaborarla. La red de redes, Internet, es una fuente inagotable de documentación que permite viajar virtualmente a cualquier parte del mundo para aportar credibilidad a la historia.

Madrid, junio de 2010
Dedicado a las sirenas

El Oak-Bar

Se desató los cordones de sus ASICS (Anima Sana In Corpore Sano) sentado en una butaca de su habitación del Plaza. Le gustaba el Hotel Plaza de Nueva York, no solo por su lujo y calidad en el servicio, sino porque estaba en la esquina sureste de Central Park y eso le posibilitaba correr en un espacio más o menos natural siempre que tenía tiempo. Sus viajes a NY no eran muy frecuentes, por eso se permitía ir al Plaza cuando llegaba la ocasión. Una hora de carrera continua y trescientos abdominales eran suficientes para mantener un físico aceptable a sus 45 años.

Central Park era un buen escenario para correr pero no era comparable a su camino de la sirena, un recorrido en pleno monte de Madrid que incluía cuestas y algo de asfalto, era exigente y muy completo. Esbozó una sonrisa pensando en el camino de la sirena y detuvo sus dedos en una lazada, abstraído por un momento. Alguna vez llevaría a una sirena a ver ese camino.

Terminó de quitarse las zapatillas, se desnudó y se metió en la ducha. Abril era un buen mes en NY para Fabio, días grises y lluvia fina. La ducha surtió su efecto reparador, también el litro de bebida isotónica.

Se vistió. Eligió tonos tostados, pantalón blanco sucio rozando el beige, camisa gris claro, cinturón y zapatos marrones y americana también marrón. Dejó el reloj en el cajón de la mesita de noche, no tenía previsto trasnochar, al día siguiente le esperaba una reunión con la gente de WeDolt, una start-up de alta tecnología a la que iba a proponer la mejora y fabricación de un prototipo de gadget revolucionario que había construido junto con un grupo de ingenieros y ópticos españoles. Se reservaría los derechos de importación para la Unión Europea y conseguiría una buena cantidad por cederles la idea; además firmaría un contrato de colaboración entre los ingenieros españoles y WeDolt.

Bajó al Oak-Bar, era pronto todavía. Había reservado mesa para las nueve y media, una persona. Viajaba solo. Un par de días, tres a lo sumo, en la gran manzana y de vuelta a Madrid. Si todo salía bien, habría que dedicar tiempo al proyecto durante los meses siguientes. Tenía confianza en la idea, sabía que el Instituto Fraunhofer y la empresa Zeiss, entre otros, habían avanzado en la idea y la tecnología, pero sus gadgets no incluían algunos detalles que Fabio consideraba útiles y fácilmente vendibles. Ese valor diferencial era el que tenía que vender en la reunión con WeDolt.

Tomó el ascensor en la planta siete y bajó al Oak Bar. Llegó a las nueve y veinte minutos y se dirigió a la barra para hacer tiempo mirando correos en su Smartphone y tomando una Budweiser, todavía tenía sed.

Entonces la vio, estaba en el extremo opuesto de la barra, sentada sola, llevaba un vestido negro, zapatos negros y una ligera cazadora de piel. Le dio un vuelco el corazón, no esperaba encontrarla allí.

María Botifoll parecía sumida en algún pensamiento profundo, tenía una copa de ron sobre la barra, que consumía a tragos cortos, de forma pausada. No miraba a ninguna parte, aparentemente no estaba esperando a nadie. Fabio la observó un par de minutos y finalmente se decidió a abordarla.

Fabio Bumon y María Botifoll se habían conocido en una conferencia sobre implantación de nuevas tecnologías en entornos de Abogacía, que tuvo lugar en Madrid algunos años antes. Fabio era uno de los ponentes y Darío Pekerman y María asistieron para estar al tanto de lo que habían oído denominar “estado del arte” en tecnologías de la Información.

Después de las ponencias, cruzaron preguntas e intercambiaron tarjetas profesionales. Fabio había perdido voluntariamente la de Darío Pekerman, no le había gustado su altivez, pero conservó la de María, que le había impactado por su simpatía y belleza.

- ¡Srta. Botifoll! Que agradable sorpresa
- Hola Sr. Bumon. Por favor llámeme María. También yo me alegro de verle
- De acuerdo María, mi nombre es Fabio, por si no te acuerdas
- Me acuerdo Fabio, me acuerdo también de lo que nos mostrasteis en aquella conferencia en Madrid hace unos años. Implantamos algunas cosas y realmente resultó ventajoso
- Me alegro de que así fuera. Sabía algo pero no tenía información tan de primera mano. ¿Esperas a alguien?
- No, la verdad es que no espero a nadie
- ¿Puedo acompañarte entonces?
- Claro, por favor siéntate y toma algo
- Una Budweiser por favor
- Bien señor
- Me ha parecido que no te sorprendías al verme. ¿Sabías que estaba aquí?
- Pues aunque te resulte difícil creerlo, si lo sabía
- Doble sorpresa entonces para mí. ¿Por qué lo sabías?
- Mañana tenemos una reunión en las oficinas de WeDolt, a las 8:30 horas
- ¡Ah! Es por eso, que curioso. ¿Has venido sola?
- No, Darío tenía una cena con ciertas personas importantes y yo no pintaba nada
- Tengo una reserva para dentro de unos minutos. Es una cena un poco triste que puede transformarse en una cena especial. ¿Cenas conmigo? Yo también

estoy solo, aunque en mi caso es habitual. De verdad que estoy sorprendido.
¿Me puedes contar por qué habéis venido?

- No hay problema. El bufete Pekerman y Asociados quiere abrir despacho aquí y hace meses que cuenta con conocidos y algunos agentes independientes que nos aconsejan sobre aspectos novedosos en Europa, pero que aquí se dan con más frecuencia. Uno de ellos nos comentó que WeDolt estaba considerando tu propuesta, necesitaba asesoramiento legal especializado y les había pedido ayuda. El tema nos pareció interesante y hemos venido a observar. Algo así como de oyentes.
- Entiendo... ¿Cenarás conmigo entonces?
- De acuerdo, gracias por la invitación.

La Budweiser estaba en su punto, con la temperatura justa para poder beber a tragos largos. Fabio la consumió en pocos minutos mientras charlaban de temas profesionales, grises, impersonales. En realidad los dos habían seguido de alguna manera la carrera profesional del otro. Fabio era conocido en el sector tecnológico, como ponente habitual en conferencias y congresos. Por su parte María se había labrado un prestigio en el asesoramiento de empresas y no era extraño ver su nombre en algún papel de los proyectos en los que participaba Fabio.

- Señor Bumon, la mesa está lista, para dos. Disculpe el atrevimiento, pero hemos escuchado la parte de la conversación en que la señorita aceptaba su invitación.
- Perfecto, muchas gracias. El servicio, como siempre, es admirable en este hotel. ¿Vamos?
- Te sigo

María apuró su copa y se encaminaron a la mesa. Estaba en un sitio bastante íntimo del Oak-Room, la atmósfera era perfecta para una cena como aquella.

- ¿Tienes alguna preferencia María? ¿Algo que no puedas comer?
- No, por el momento mi cuerpo lo aguanta casi todo ¿por qué lo preguntas?
- Porque si no te parece mal pido para los dos.
- Adelante, veo que no solo aconsejas en materia de bits y bytes.
- Espero tener el mismo acierto. Si me permites la inmodestia
- Yo también lo espero. No me gustaría irme a la cama con hambre o con mal sabor de boca
- Me esforzaré para que eso no suceda

Tomaron carpaccio de buey y foie en vinagreta como entrantes; lubina en salsa de puerros como plato principal, vino tinto Gran Fontal, de Cuenca (Fabio había participado en la informatización de Bodegas Fontana, que exportaba a Estados

Unidos y sabía que el Hotel Plaza lo tenía en su carta, desconocido para el gran público excelente para acompañar el carpaccio) y blanco español de rueda, mezcla de uva viura y verdejo, para la lubina. Chocolate caliente con mermelada de naranja amarga y bola de helado de sidra, con vino dulce húngaro Tokaji como postres. Dejaron la mesa a las doce de la noche y se encaminaron al ascensor.

- Gracias por aceptar la invitación ha sido una velada estupenda para mi
- Gracias a ti Fabio, me he sentido muy a gusto en tu compañía.
- Tengo un botellín de Möet Chandon en mi habitación. Me gusta el champagne y siempre tengo uno bien frío. ¿Quieres charlar un rato y tomar una última copa?

Llegó el ascensor. Entraron. María pulso el 9 y Fabio el 7

- No me has contestado María. Darío no ha aparecido. Perdona la confianza, pero ¿Estás bien? Podemos hacer tiempo hasta que llegue
- No sería prudente, de verdad. Te lo agradezco.

El ascensor se paró. Se abrieron las puertas. Se dieron dos besos en las mejillas y Fabio salió. La puerta del ascensor comenzó a separarlos. De repente la mano de Fabio apareció ante los ojos de María bloqueando la puerta que se cerraba, y que acabó aplastándosela. Fabio emitió un gemido. Consiguió abrir la puerta con su mano izquierda, la derecha estaba magullada. María salió. La maldita puerta terminó de cerrarse y el ascensor desapareció camino de la novena planta.

- Chico, vaya forma que tienes tu de ligar. ¿No lo intentarás muy a menudo no? Lo digo porque si no te faltarían manos.
- Me temo que el hielo de la cubitera va a tener mucho trabajo esta noche

Fabio abrió la puerta de la habitación con la mano sana. Entraron. Fabio cerró la puerta y la miró caminar delante de él. Aquel vestido negro quedaría grabado en su memoria mucho tiempo.

El dolor de la mano desapareció por un instante, aquellas piernas interminables, fibrosas, la esbeltez de su cuerpo, el contraste entre su cabello rubio algo ensortijado y el negro del vestido, ocuparon toda la capacidad de proceso de su cerebro. Al fin y al cabo incluso él podía errar al dimensionar un sistema, sobre todo si tenía sangre y corazón en lugar de cables y disco duro. Finalmente consiguió caminar de nuevo.

María había dejado la botella de Möet sobre la servilleta del servicio de champagne, encima del escritorio. Fabio se quitó la americana, se arremangó y metió la mano dolorida en el agua aun fría de la cubitera. María colgó la americana del respaldo de una silla, e introdujo sus dedos en el agua, masajeando el dorso de la mano de Bumon.

Al cabo de pocos segundos ninguno de los estaba ya interesado en la fisioterapia de carpos y metacarpos. Sus ojos se hablaron con claridad, sin sonidos, en silencio.

La habitación de Fabio no tenía nada de especial teniendo en cuenta que se trataba del Hotel Plaza de Nueva York, excepto la cama. A Fabio le gustaba dormir cómodamente y siempre pedía una cama doble aunque no pensara compartirla. Definitivamente el dolor de la mano había desaparecido, o eso es lo que le dictaba su cerebro.

- Parece que esto está mucho mejor. Tengo que marcharme ya, espero que mañana no te reste habilidad si tienes que hacer alguna presentación.
- Creo que todavía me duele un poco
- Seguro que no

María sacó sus dedos y la mano de Fabio de la cubitera, metió en ella la botella de Möet y se encaminó al cuarto de baño a por una toalla. Secó sus manos y pasó la toalla a Fabio. El la retuvo un instante y la miró directamente a los ojos. La besó suavemente en los labios.

Fue un impulso, no acababa de entender como se había atrevido a hacerlo, ni sabía por qué lo había hecho, solo había sentido una cercanía y una calidez hacia María a través de su mirada, que le empujaron a ello.

María respondió al beso separando ligeramente los labios de manera que sus sabores se mezclaron. Apenas duró un segundo. Ella le apartó sin brusquedad y se giró hacia la puerta.

- Es tarde, tengo que irme
- Discúlpame, no quería incomodarte, ha sido...no sabría explicártelo pero mentiría si te dijera que lo siento.
- Hasta mañana. Creo que tu mano ha recuperado su tono muscular
- Hasta mañana. Ha sido la vez que más me ha gustado pillarme la mano con la puerta de un ascensor.
- Ja, ja, adiós Fabio.

Fabio la acompañó al ascensor que llegó rápidamente

- Esta vez procura mantener las manos alejadas de la puerta
- Que pases buena noche María

Se metió bajo la ducha, necesitaba despejarse un poco e intentar entender lo que le había llevado a actuar de aquella manera tan impulsiva, impropia de él. Se aseó, se puso un pijama y se sirvió una copa de champagne para tomar mientras leía los últimos correos electrónicos en su Smartphone. Allí estaba lo que había estado esperando.

Mark Chinasky confirmaba la cita para el día siguiente, a las 13 horas en Grimaldi's Pizza, en el 19 de Old Fulton St., en el lado este del puente de Brooklyn. Apuró el contenido del botellín de Möet y se metió en la cama. Su cerebro tenía definitivamente problemas de procesamiento, no recordaba el sabor del dentífrico, ni el del champagne. El último sabor que reconocía tenía nombre y apellidos, su propietaria acababa de acostarse en la habitación 914 del Hotel Plaza, justo dos plantas encima de su propia habitación, la 714.

Darío Pekerman llegó al hotel una hora más tarde y se encaminó directamente a su habitación, entró con sigilo para no despertar a María y se dirigió al cuarto de baño. Se aseó y se metió en su cama.

A diferencia de la 714, la 914 tenía dos camas individuales. La cena había estado bien, pero la reunión a primera hora de la mañana del día siguiente le obligó a acortar la velada. Echó un vistazo algo indiferente a María que parecía dormida, acotada en la otra cama, revisó el teléfono móvil y se acostó.

Fabio ignoraba que su pensamiento no vagaba solo aquella noche en la ciudad que nunca duerme, a unos pocos metros en vertical, María Botifoll tampoco podía conciliar el sueño.

Tecnólogos y abogados

WeDolt tenía sus oficinas en la tercera planta de uno de los edificios del World Financial Center, en el corazón financiero de Nueva York, al sur de Manhattan. Indira Rabindrath, jefa de desarrollo de interfaces de la empresa y Ernesto Roca daban un último vistazo a la documentación que manejarían en la reunión que iba a tener lugar quince minutos más tarde.

Fabio navegaba por Internet mientras se dirigía en metro hacia Bowling Street station. Había evitado a Darío Pekerman y María Botifoll que esperaban un taxi en la puerta del Plaza, justo cuando él iba a salir a la calle. Esperó a que subieran a tan cotizado medio de transporte neoyorquino y se dirigió a la 5th Ave station. Vestía pantalones azul marino de sport, Dockers, camisa gris de corte deportivo, La Martina y cazadora ligera impermeable de Paul & Shark. Zapatos y cinturón de piel en color cámel, bolígrafo Mont-Blanc, reloj Favre-Leuba de esfera clásica, números romanos en negro sobre fondo blanco. Colonia dulzona, de Jean Paul Gaultier. Además de su Smartphone, llevaba tres pen-drives, uno para dejar en WeDolt, con la información necesaria para que pudieran conocer lo suficiente el proyecto que les iba a presentar, y dos en blanco.

María Botifoll sonreía discretamente en el taxi que les conducía a través de Manhattan hacia el World Financial Center. El ego de Darío había sufrido un nuevo revés a costa de su marcado acento, cuando había indicado al taxista pakistaní su destino.

- Tu de wol treid center plis
- De acuerdo señor

Darío Pekerman, 185 centímetros de músculo, inteligente, ambicioso, acostumbrado al éxito desde muy joven, practicante de full-contact desde que a los 20 años le partieron una ceja en una pelea, era uno de los abogados más consolidados de Pekerman y Asociados. Desde hacía tres años vivía con María Botifoll en un lujoso ático del madrileño Paseo de la Castellana. Su dominio del inglés era verdaderamente notable, pero no había conseguido erradicar el acento español y anécdotas como la que le acababa de suceder realmente llegaban a molestarle.

Vestía traje de corte moderno en color gris, de Armani, camisa blanca de Gucci, lisa, sin corbata, cinturón y zapatos negros de Loewe. En su muñeca izquierda lucía un Rolex redondo de esfera blanca, números del uno al doce con un hueco en el lugar del tres para el calendario, correa de piel negra, gabardina Burberry y colonia de Givenchy.

Por su parte María había escogido para la ocasión un discreto traje de chaqueta verde botella, camisa del mismo color pero atenuado, zapatos de tacón de ocho centímetros

y bolso perfectamente combinados, todo de Prada; paraguas de Vogue. Olía a Blue de Bulgari.

A las 8:28 María y Darío entraban en las oficinas de WeDolt; les recibió Ernesto Roca Suarez que se fundió en un abrazo con Darío Pekerman e intercambio dos besos en las mejillas con María.

- ¡Cuánto tiempo sin vernos!, tenéis un aspecto magnífico, especialmente tú, María
- Muchas gracias Ernesto, tu tampoco estás nada mal. Se ve que te van bien las cosas
- Bueno no puedo quejarme, eso es verdad. ¿Qué tal la familia Darío?
- Todos bien, gracias por preguntas y sobre todo gracias por facilitarnos el acceso a este tipo de contratos. ¿Nos has conseguido alguna otra cita o entrevista? Aunque volvemos a España mañana, nuestro avión sale tarde y dispondríamos de algún tiempo
- Luego te cuento, alguna cosa tengo para ti.

Ernesto Roca y Darío Pekerman se conocieron años atrás en un máster de administración de empresas. Sintonizaron inmediatamente. Físicamente clónicos, pese a ser dos auténticos machos alfa no habían rivalizado ni siquiera cuando Darío le presentó a María. Pekerman se había llegado a acostumbrar al efecto que María causaba en los hombres. Para su sorpresa, el día en que Ernesto y María se conocieron, Darío no percibió ninguna reacción en su amigo. Se alegró por ello. No le habría gustado que su reciente amistad con Ernesto se truncara. María también se alegró, ella si había percibido la atracción que Ernesto sentía por Darío y eso la hizo sentirse confiada en su presencia, si acaso tendría que discutir con el por el color de alguna corbata o el diseño de unos zapatos o un bolso, minucias en realidad. Por una vez no habría malos entendidos con un amigo de su pareja.

Ernesto trabajaba desde hacía años en el bufete Alexander Racini que asesoraba en aspectos legales a WeDolt.

A las 8:30 en punto llegó Fabio Bumon a WeDolt. En este caso la anfitriona fue la Srta. Rabindrath. De origen indio, a sus 35 años había trabajado en varias empresas de desarrollo de software de gestión, hasta que recibió una oferta tentadora, más en el terreno profesional que en el económico, y la aceptó. Tenía aspecto de actriz de Bollywood, tez morena y profundos ojos castaños en una cara armoniosa que no desmerecía en absoluto a su atlético cuerpo. Llevaba puesto un pantalón negro

bastante ceñido y una blusa entallada de color azul muy claro, dos botones desabrochados. Su aspecto le pareció a Bumon sexy a la par que inteligente.

- Buenos días señor Bumon, soy Indira Rabindrath. He estudiado su proyecto, bueno la parte que nos ha dejado ver.
- Por favor llámame Fabio, todavía no me he acostumbrado a ser un señor maduro
- Muy bien Fabio, por favor acompáñame. Ya estamos todos

Las oficinas de WeDolt eran poco más que un conjunto de salas de reuniones y máquinas expendedoras de bebidas y snacks, los empleados trabajaban la mayor parte del tiempo desde sus casas y solo aparecían por las oficinas para reuniones periódicas de control y seguimiento de proyectos.

- Señores, les presento a Fabio Bumon. Señor Bumon, Ernesto Roca, nuestro asesor en asuntos jurídicos, y dos compatriotas suyos que nos acompañarán en calidad de invitados, si no tiene usted inconveniente, se trata de
- Hola señor Pekerman, señorita Botifoll. Encantado de conocerle señor Roca

Se estrecharon las manos e intercambiaron tarjetas. El sexto sentido de Darío Pekerman llevaba unos segundos haciendo horas extras, así que de forma casi involuntaria apretó con fuerza la mano que le tendía Fabio. Este recordó la puerta del ascensor pero aguantó sin problemas y devolvió el apretón. Los 15 centímetros y 20 kilos que le sacaba Darío Pekerman no le impresionaron, cada uno es como es y eso no tiene remedio. Es lo que hay.

- Vaya, veo que sobran las presentaciones. Muy bien. Fabio, puedes conectar un pen-drive directamente al proyector; aquí tienes al mando a distancia
- Gracias Indira. Como ya sabes, la idea es desarrollar un gadget que integre sobre la base de una montura de gafas deportivas, funcionalidades de GPS, MPx y teléfono. Hasta ahora se han desarrollado lentes con capacidad de actuar como pantallas tolerables por el ojo humano a la distancia de una gafa normal, con sistemas autofocus y con seguimiento del movimiento ocular para ajustar dinámicamente la proyección, pero nadie ha sido capaz de integrar perfectamente todos estos elementos. El otro aspecto determinante en el éxito de esta idea es solucionar el suministro eléctrico para una autonomía aceptable. Hace algún tiempo recluté a un par de ingenieros informáticos y electrónicos jóvenes y brillantes, y comenzamos a trabajar sobre el proyecto, con la colaboración de gente de la Facultad de Óptica de la UCM. Vosotros

tenéis un departamento altamente especializado en el desarrollo de interfaces y podéis llegar a donde nosotros no alcanzamos. Sabemos cómo podría hacerse, pero carecemos de los medios.

- Desde luego es muy interesante a nivel técnico, pero necesito más información de la que tengo hasta ahora.
- En este pen-drive está todo lo que os hace falta para deciros, incluidos código fuente y librerías desarrolladas específicamente para este dispositivo. Cuando termine mi exposición os lo entregaré. Todavía estaré en Nueva York un par de días, por si vierais algo que os pareciera muy extraño. Si al final os decidís por acometer el proyecto volveré y firmaremos los contratos.
- Bien Sr. Bumon, con respecto a los contratos
- Perdona Sr. Roca, pero creo que sería mejor acabar con la parte técnica y después centrarnos en los aspectos legales, si no tiene inconveniente.
- Perfecto, no hay inconveniente. Continúe por favor.
- Gracias

Durante algo menos de una hora Fabio Bumon presentó diversas características del proyecto, que pareció interesar a los cuatro oyentes.

- Por lo tanto, el público objetivo serían los corredores, los ciclistas, los conductores...En el pen-drive figuran datos sobre las patentes de Fraunhofer y Zeiss, así como contactos en Ray-Ban o Bollé, Nike y Adidas, Tom-tom y Garmin, Motorola, Nokia y RIM, los fabricantes de los terminales para BlackBerry. Todos ellos se han mostrado receptivos. Es todo por mi parte.

Desconectó el pen-drive del proyector y se lo entregó a Indira

- Muy bien Fabio, a primera vista que no hay cabos sueltos. Lo que viene ahora pertenece al campo de Ernesto y yo no puedo aportar nada, así que me despido. Ha sido un placer.

Indira Rabindrath abandonó la sala de reuniones y se dirigió a su despacho para comenzar a estudiar la nueva información proporcionada por Bumon.

- Mi turno. He estudiado las condiciones que pide usted sobre colaboración o contratación para sus ingenieros, el montante económico por la cesión de los derechos de explotación a nivel mundial del gadget, y la reserva de exportación para la Unión Europea, ¿me dejó algo?
- No, es correcto.

- En principio todo lo que pide es posible, no nos ha parecido desproporcionado, y por lo tanto podemos pasar a profundizar sobre algunos aspectos de detalle sobre el acuerdo que hemos redactado.

Ernesto Roca conectó un nuevo pen-drive al proyector y pasaron a desmenuzar las cláusulas del acuerdo que WeDolt ofrecía a Fabio Bumon y sus representados. Aproximadamente una hora y media más tarde, se levantaron de la mesa. Ernesto entregó a Fabio el pen-drive con el acuerdo en formato electrónico.

- De acuerdo Ernesto creo que todo está bastante claro, pero lo estudiaré estos dos días con mayor detenimiento por si tuviera alguna duda.
- Tienes mi tarjeta, así que ya sabes cómo contactar conmigo
- Pues espero que volvamos a vernos pronto

Fabio Bumon salió de la sede de WeDolt alrededor de las 12:30 horas y se encaminó hacia Brooklyn para encontrarse con Mark Chinasky

- Ha sido realmente interesante la mañana Ernesto. Cuéntame lo que me prometiste sobre el resto de actividades
- Tranquilo hombre, todavía nos queda tiempo. María, por lo que veo Darío no se ha sosegado con el paso del tiempo
- Eso es un objetivo imposible y menos ahora con la perspectiva de abrir despacho aquí. ¡seguir creciendo! Se ha convertido en el lema de Pekerman y Asociados.
- Es que no hay otro camino. La verdad es que no entiendo como tu hermano puede mantener Importaciones Botifoll en un tamaño estable.
- Es un hombre inteligente, está bien acompañado, tiene las ideas claras...y tiene suerte. Es una buena combinación
- Eso parece. Bueno tenemos que irnos ya si no queremos llegar tarde. He reservado en Delmonico's. Habrá gente importante compartiendo mesa y mantel con nosotros. A lo mejor acabamos siendo socios después de todo.

Carne vs. pizza

Delmonico's, uno de los más antiguos restaurante de lujo de Nueva York, estaba a rebosar, su ubicación en el corazón financiero de la ciudad, y por tanto del mundo, era una garantía de éxito.

Todd Allen y Matt Barker dos sexagenarios socios del bufete Alexander Racini ocupaban ya uno de los reservados de Delmonico's cuando llegaron María, Ernesto y Darío

- Todd, Matt, tengo el placer de presentaros a María Botifoll y Darío Pekerman.
- María, Darío, estos son Todd Allen y Matt Barker, dos de los socios más importantes de Alexander Racini.

Apretones de manos, besos en las mejillas, intercambio de tarjetas, en fin lo típico en estos casos, incluido el sexto sentido de Darío, que sabía perfectamente que ninguna edad era suficiente para quedar fuera del alcance del encanto de María.

A la misma hora Fabio Bumon pasaba por delante de la puerta de Grimaldi's Pizza y doblaba la esquina del edificio en dirección sureste tal y como le había indicado Mark Chinasky en su SMS. Bumon sabía que la pizzería no admitía reservas y que las colas para obtener una mesa eran una característica más del local, pero no le veía el sentido a rodear el edificio y quedar en la entrada de un callejón de película de cine negro.

Mark Chinasky le esperaba en la entrada del callejón. Aunque él y Fabio no se conocían no cabía la posibilidad de equivocarse, solo había dos personas en ese lugar.

- Sr. Chinasky no me irá a decir que ha traído unos sándwiches en esa cartera para compartirlos o que comeremos los restos de Grimaldi's
- Ja, ja. No está tan mal la cosa todavía Sr. Bumon, pero a veces se llega antes a los sitios utilizando las puertas traseras. Usted debe saberlo bien por su profesión ¿verdad?
- Pues sí, tiene usted toda la razón. Si le parece bien nos tuteamos
- Me parece muy bien, será mucho más cómodo. Sígueme, vas a comer la mejor pizza de Nueva York sin tener que esperar colas.

Chinasky condujo a Fabio a lo largo del callejón hasta la puerta de servicio de Grimaldi's. Llamó con los nudillos. Un individuo de aspecto calabrés les franqueó la entrada.

- Hola Mark, ya tenéis preparado el reservado
- Gracias Gianni, este es Fabio Bumon

- ¡Fabio! Es nombre italiano ¿lo sabía Sr. Bumon?
- Sí, Fabio significa haba en latín. Las habas constituían una parte muy importante de la alimentación de los romanos en tiempos del imperio
- ¡Vaya Chinasky!, tu amigo acaba de invitarte al tiramisú, el limoncello, como de costumbre, corre de mi cuenta

En el reservado de Delmonico's los comensales acababan de dar buena cuenta de una excelente comida, ensalada César y la famosa carne del prestigioso steakhouse como protagonistas principales, vino de Burdeos Chateau Peyrelongue Saint-Emilione Grand Cru y soufflé Alaska de postre. Estaban de sobremesa.

- Esta noche hay una fiesta privada a la que sería interesante que asistieran Sr. Pekerman, verdad Todd.
- Es una buena idea Matt, además no pueden negarse, ya hemos hablado de ustedes con el anfitrión y les esperan. Ernesto, tu también estás invitado
- Muchas gracias, será un placer acompañarles
- Yo se lo agradezco de verdad, pero llevo todo el día un poco extraña. No acabo de encontrarme bien. Espero que puedan disculparme. Creo que me quedaré en el hotel. Darío se encargará de que no se note mi ausencia.
- Querida, su ausencia solo pasará inadvertida para los que no han tenido la fortuna de conocerla.
- Para que luego digan que solo los latinos saben halagar a una mujer. Muchas gracias por el cumplido Todd

Mark Chinasky observaba en su portátil el acuerdo propuesto por WeDolt a Bumon, al mismo tiempo que comía una porción de pizza. Habían hecho copias de seguridad del pen original sobre los dos vírgenes que Fabio llevaba en su cazadora.

- Esto tiene buena pinta, no parece que quede nada deslavazado por tu parte, ni que quieran tomarte el pelo por parte de WeDolt. Veo que la opinión que de ti tiene Andrés Gómez está fundamentada
- Ignoraba que conocieras a Andrés. Le daré las gracias cuando regrese a Madrid
- Como sabes, porque me consta que lo sabes, actúo como agente para Importaciones Botifoll, por eso estamos aquí ¿verdad?
- Así es, pero lo de Andrés ¿Qué tiene que ver con Botifoll?
- Es un poco largo de explicar, simplificando mucho, el Grupo Merlín y mi pequeña gestoría han tenido alguna relación profesional puntual que ha propiciado que Andrés y yo nos conociéramos.

Andrés Gómez era Jefe de Tecnología del grupo empresarial que permitía a Bumon tener la vida resuelta.

En 1999, en plena vorágine del apocalipsis anunciado como Efecto 2000, cuando todo el mundo de la Informática estaba inmerso en el desarrollo y modificación de software para evitar la catástrofe, Fabio propuso al Consejo de Administración del Grupo Empresarial Merlín invertir en plataformas para la prestación de servicios a terceros.

Bumon tenía claro que el camino de las tecnologías de la información era convertirse en una infraestructura común, ubicua, como lo eran el suministro de agua, de corriente eléctrica o de gas. Utilizó su propio dinero para hacer un estudio de espacios disponibles en zonas especialmente bien dotadas de infraestructuras básicas de suministro y transporte público y presentó el proyecto a Andrés Gómez. Fabio sabía que la situación económica del grupo era más que holgada y por eso la eligió.

Andrés se sorprendió por la iniciativa que le presentaba Fabio, que ya había colaborado con ellos en otros proyectos, en un momento en el que todo el mundo estaba dedicado a otras cosas. Fabio insistió en que precisamente eso era lo bueno, que llegarían antes que el resto a un destino que era inevitable. Andrés apoyó finalmente la idea de Fabio ante el Consejo de Administración de Merlín.

Fabio se comprometió con el grupo Merlín a no recuperar el dinero gastado en sus estudios y a no cobrar nada por la idea, a cambio solo obtendría el 1% de los beneficios netos, descontados impuestos, de la facturación de Binary Storage, nombre que Fabio propuso para la nueva empresa del grupo, a partir del tercer año. El año 2005 supuso un punto de inflexión en la situación económica de Fabio Bumon, que nunca más se preocupó de comprobar el saldo de sus cuentas bancarias antes de comprar algo, cualquier cosa.

- Excelente Mark, entonces si todo sale bien, creo que Mateo Botifoll puede encontrar un filón en este proyecto
- Exactamente, si todo sale bien. No hay que adelantar acontecimientos, step by step, amigo mío. Definitivamente este limoncello es estupendo
- Bien, tengo que marcharme. Aún estaré un par de días en Nueva York. Si necesitas algo durante ese tiempo no tienes más que llamarme.

La habitación 714

Fabio llegó a la habitación 714 del Hotel Plaza a las cuatro de la tarde. Se aseó y se tendió en la cama a reposar. El día había transcurrido según lo previsto. Llamó a la recepción del hotel y pidió que a las nueve y media de la noche le subieran, como era costumbre, una cubitera con un botellín de Möet Chandon.

Poco antes de las cinco de la tarde, las desgastadas suelas de las zapatillas de Bumon botaban sobre la pista de footing de Central Park. Fabio pensaba dedicar alrededor de una hora y media a trabajar su cuerpo: carrera continua, abdominales, flexiones de brazos y estiramientos; después una ducha relajante, bebida isotónica y una pieza de fruta, naranja o plátano. A las siete habría terminado, más tarde pediría una cena ligera y disfrutaría de la tranquilidad y el Möet.

El camarero dejó el servicio de champagne sobre el escritorio y recogió los cinco dólares de propina. En el cuarto de baño el grifo monomando de la ducha acababa de cerrarse. Poco después Fabio salió del cuarto de baño cubierto por un albornoz. Su Smartphone le anunció un nuevo SMS, era de María Botifoll. Fabio experimento una mezcla de extrañeza y excitación

- ¿Te queda champagne?

Tras un momento de duda Fabio respondió

- Sí, y además tengo dos copas

No tuvo tiempo de vestirse, llamaron a la puerta. Al otro lado estaba María. Fabio abrió

- Hola Fabio, perdona mi atrevimiento, espero no haberte estropeado ningún plan
- Tú eres un plan difícil de mejorar. En todo caso, no tenía ningún compromiso

Llevaba pantalones de pitillo rojos y una cazadora blanca de motera sobre una camisa también blanca, sencilla, ajustada, dos botones desabrochados, tenía el cabello húmedo, como si acabara de secarse tras una ducha. Sus zapatos, por el efecto de la luz, parecían plateados, del color de las escamas de un pez.

- Ha sido toda una sorpresa tu SMS, perdona que te reciba en albornoz, pero acabo de ducharme y no he tenido tiempo de vestirme. ¿Cómo es que estás aquí? ¿Algo no ha ido bien?

Sirvió dos copas de champagne y le dio una a María. Brindaron por el encuentro, de pié, uno muy cerca del otro.

- Nos invitaron a una fiesta privada, pero intuí que era para tiburones y una...digamos sirena no habría sido más que un objeto de conquista. Estoy un poco aburrida de ese papel.
- María, yo...no sé lo que me pasó el otro día, fue algo impulsivo, de verdad, sin premeditación, quería discul

Ella no le permitió continuar, dejó su copa sobre el escritorio y le beso en los labios. Después se separó de él. Fabio dejó su copa al lado de la de María, miró a esta directamente a los ojos, tomó su cara entre las manos y la besó en los labios, larga, pausadamente, la beso en la boca, recorrió su cuello con besos cortos, cálidos.

Sin saber muy bien como, aparecieron en la cama, desnudos. María estaba tumbada y Fabio recorría aquel cuerpo beso a beso. Acarició sus pechos, firmes, turgentes, pellizó suavemente sus pezones rosados, los besó y los mordisqueó con tacto, con ternura. Notó como respondían endureciéndose y eso le excitó. Levantó por un instante la vista y miró a María, pero ella no le veía, tenía los ojos cerrados, se había abandonado a los dictados de su cuerpo. Fabio continuó su recorrido, sin prisa, deleitándose en aquél universo de sensaciones, besó su vientre, sus muslos, estimuló su sexo y se inundó de su sabor. La sintió estremecerse, la oyó gemir tenuemente y entró en ella, lentamente, disfrutando cada centímetro de piel que se abría a su paso. María notó como un latigazo que le recorrió la espina dorsal y acompasó su cuerpo con los movimientos de su amante, le pidió más, pasaron de la ternura al deseo y del deseo a la pasión, para acabar estallando al mismo tiempo. Se besaron, se acariciaron, se dijeron todo lo que sentían sin necesidad de hablarse y se durmieron abrazados.

Epílogo

El despertador hizo volver cruelmente a Fabio a la realidad. Curiosamente no recordaba ningún despertador en la habitación 714 del Hotel Plaza y sin embargo lo oía con total claridad. Lo localizó y lo apago. Se incorporó sobre su brazo derecho y por un momento se quedó confundido. No había ningún escritorio, ninguna cubitera, María Botifoll no estaba a su lado. Definitivamente no estaba en el Hotel Plaza, ni aquello era Nueva York. Más sorprendente le resultó descubrir que había tenido una polución nocturna a sus... ¿Cuántos años tenía? 35, recordó casi de inmediato.

Se levantó y se dirigió a la ducha, aquella mañana tenía una reunión con Andrés Gómez, del Grupo Empresarial Merlín, quería proponerle un negocio que estaba seguro que triunfaría en unos cinco o seis años, en 2005

El viaje en metro no le ayudó a concentrarse, seguía confuso. Aquello no parecía un sueño, recordaba vívidamente personas, nombres y lugares. Nunca había estado en Nueva York, pero tenía la sensación de conocerla, de saber a que olía Central Park. Se bajó en la estación de Campo de las Naciones y se encaminó hacia la sede del grupo Merlín, enfrente del Parque Juan Carlos I. Iba absorto en sus pensamientos, con la mirada baja, cuando una extraña fuerza le hizo levantar la cabeza.

Entonces la vio, llevaba pantalones rojos, de pitillo, cazadora blanca de motera, era rubia y muy alta, 1'80 le calculó, unas gafas de sol le tapaban los ojos, pero Fabio supo que eran azules.

Se quedó paralizado, estaban a menos de diez metros y ella seguía avanzando sin prestarle atención, pudo apreciar la humedad de su cabello, un reflejo provocó un efecto que hizo que sus zapatos parecieran la aleta de una sirena. Finalmente se cruzaron, Fabio seguía quieto en el mismo sitio pero ella seguía caminando, ignorando su presencia, pasó justo a su lado y creyó escuchar una voz que le saludaba "hola Fabio", pero ella no había movido los labios.

Fabio giró 180 ° sobre sus talones y se quedó mirándola, viendo como se alejaba de su vida. De repente ella se giro, se quitó las gafas de sol que descubrieron unos profundos ojos azules y le sonrió, después siguió su camino sin volver la vista atrás. Bumon sintió como su cerebro era golpeado con sensaciones y sabores recientes, en absoluto imaginados y perdió la noción de la realidad por un instante. No hizo intención de seguirla, tenía la certeza que se volverían a encontrar y sonrió internamente. Aquel día Fabio Bumon empezó a creer en el destino.